

del futuro de nuestra misión se juega en este ámbito dada la evolución de nuestra humanidad.

En las actuales circunstancias socio-culturales y religiosas nos es más necesaria que nunca una Iglesia que cultive y viva el diálogo de puertas adentro y de puertas afuera. Si la Iglesia no dialoga, -una Iglesia nacida dialogante, plural y abierta en Pentecostés- ¿cómo podrá discernir y acoger los signos de los tiempos que nos están invitando a recorrer los caminos del diálogo? ¿Cómo podrá vivir su misión?

Termino con una reflexión de un teólogo, fallecido hace unos años, una invitación a la conversión.

“En el fondo, la actitud dialogal y la realización del diálogo suponen dar lugar a todo un proceso de ascesis que participa de la lógica de la conversión. Exige abrir una fisura en la autosuficiencia de individuos y comunidades respecto de sus propias convicciones, y no digamos de la exclusividad en su relación con Dios. Desde el conocimiento de otras religiones se fomenta el reconocimiento de la fragilidad de todos los intentos de hablar de y con Dios, y en relación con ello, de las formas concretas de concebir la visión del mundo, la imagen del hombre, el papel de la razón, de las emociones, de los símbolos... y así hasta un número infinito de aspectos configuradores de una cultura. Un des-centramiento, quizá doloroso, resulta necesario. La preparación para la tarea reclama disciplina e interés; la superación de sus dificultades, prudencia, mesura y desprendimiento. A la renuncia a viejas y queridas comodidades mentales y culturales se sumará la incertidumbre respecto de la solidez de las perspectivas a que le diálogo obliga a asomarse...”
(Cf. J. J. Alemany. “El diálogo interreligioso en el magisterio de la Iglesia. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid. 2001, pp 42-43)

EL INEVITABLE PLURALISMO CULTURAL Y RELIGIOSO



Área Misión y Cooperación nº 5 septiembre 2011

“El hecho de que hayamos venido hasta Asís desde tan diversas regiones del mundo es en sí mismo un signo de este camino común que la humanidad está llamada a recorrer. O aprendemos a caminar juntos en paz y armonía, o iremos a la deriva destruyéndonos a nosotros mismos y a los demás. Esperamos que esta peregrinación a Asís nos haya enseñado nuevamente a ser conscientes del origen común y del común destino de la humanidad. Podemos ver en ello una prefiguración de lo que Dios quiere que sea el camino de la historia de la humanidad: una ruta fraterna a través de la cual marchamos acompañándonos los unos a los otros hacia la meta trascendente que Él nos ha señalado”. (Juan Pablo II Asís 27 octubre 1986)

No está mal recordar, 25 años después, estas palabras pronunciadas por Juan Pablo II en el célebre encuentro de Asís entre representantes de todas las religiones. Desde entonces nuestra humanidad ha seguido viviendo, sufriendo cambios acelerados en numerosos ámbitos de la vida. La interdependencia entre países, pueblos, culturas se ha profundizado, aunque no todos se encuentran en las mismas condiciones o posiciones.

En el mismo espacio geográfico, o en el interior de un mismo espacio cultural, hasta no hace mucho relativamente homogéneo, conviven o coexisten diferentes cosmovisiones socio-culturales, diferentes credos religiosos. Estamos presentes los unos a los otros en el mismo espacio social y geográfico con nuestros credos diferentes. Fronteras que nos permitían vivir en un relativo aislamiento, tal vez en desconocimiento del otro, han desaparecido en parte. A eso

podemos añadir la existencia de un espacio llamado **virtual** y sin embargo bien **real** en el que podemos movernos, accesible desde cualquier espacio físico-geográfico a numerosos sectores de población.

La situación de pluralismo cultural y religioso es un hecho inevitable e irreversible. Nuestra sociedad aparece cada vez más con un rostro plural en el ámbito de las creencias, pluralidad causada por el amplio fenómeno de las migraciones, y por el hecho de vivir en una sociedad globalizada, en un mundo interconectado. Un innegable hecho social que, leído con mirada de fe y en clave teológica, se convierte en un signo de los tiempos, en tiempo oportuno que nos interpela. Esta situación hace que el dialogo interreligioso se convierta en un desafío, una oportunidad, en una invitación a percibir una singular llamada de Dios. ¿Cuáles son nuestras actitudes o respuestas frente a estos cambios? Saber vivir con los demás en actitud de respeto es en el fondo un arte. ¿Cómo recrear esa actitud humana y cristiana de vivir con los demás?

La homogeneidad cultural de otras épocas ha desaparecido. La diversidad -sobre todo si es vivida con temor- nos procura cierta incertidumbre e inseguridad, mientras que **la homogeneidad nos ofrece seguridad**. Y sin embargo, **con frecuencia lo real es la diversidad**, mientras que la homogeneidad tiene o puede tener mucho de artificial, de construcción social hecha desde arriba, desde el poder. Una homogeneidad artificial socialmente construida para ocultar o defender intereses de grupo. La diversidad es algo que nos caracteriza como personas, es un rasgo que nos pertenece, junto con el cambio. Por ello será necesario **una actitud de reconocimiento de la diversidad real**. Somos únicos y estamos llamados a vivir con otros, no contra otros. Podemos vivir la diversidad como un “kairos” no como una amenaza, como un momento histórico singular no exento de riesgos, como una posibilidad de profundizar en lo “humano”, en lo que

más nos une, en lo más significativo nuestro; aceptarla sin esconderla, ello significa acoger, reconocer al otro para dialogar con él.

Hay muchos miedos y prejuicios en nuestro trasfondo, en nuestros mismos ambientes. Prejuicios sentidos, a veces, con más fuerza que la necesidad del diálogo. Por eso es importante descubrir qué actitudes psicológicas-espirituales son necesarias para vivir con serenidad los cambios y los desafíos que el diálogo entraña. Quien nunca ha salido o vivido fuera de su contexto cultural propio tendrá más dificultad para comprender ciertas cosas. El mensaje evangélico tendría que removernos por dentro.

¿Quién puede pretender poseer la verdad, toda la verdad? Nadie. La buscamos todos, una búsqueda nunca acabada. Y de eso se trata en el diálogo interreligioso, de buscar juntos esa verdad cada vez mayor para ser transformados por ella, para ser transformados recíprocamente en el encuentro interreligioso. Todo acceso a la verdad es necesariamente fragmentario y provisional, y debe por ello caracterizarse por la apertura y la búsqueda permanente.

Los teólogos interpretan la pluralidad de religiones y convicciones como una expresión de **la trascendencia infinita de Dios que sobrepasa toda representación, todo lenguaje y toda definición**. Esta misma trascendencia sería por tanto el fundamento último y más genuino de todo pluralismo. (Cf. Ignace BERTEN Concilium nº 302, septiembre 2003, pp 527-536)

La atención y el discernimiento de los signos de los tiempos nos invitan o urgen por tanto a transitar los caminos del diálogo interreligioso que no es en modo alguno una moda sino que forma parte de la misión confiada a la Iglesia. Parte